Exodo rural

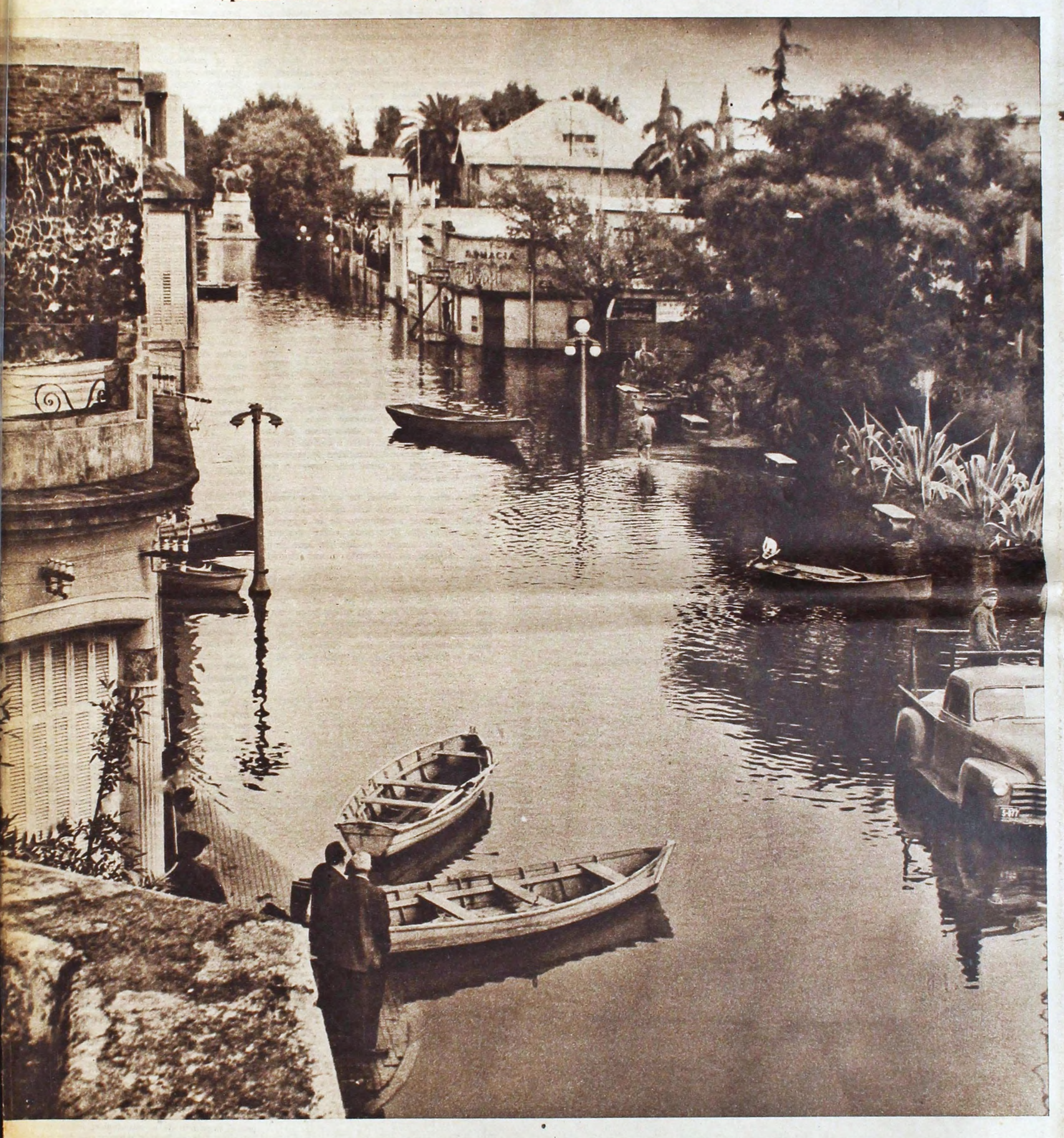
Ver pág. 4-5.

AÑO XXVII — Nº 1372.

EL DIA

MONTEVIDEO, 3 DE MAYO DE 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



LA INUNDACION.
Fotografía Juan Caruso.

Una imagen inédita para Paysandú: el río Uruguay trasladando sus márgenes a la calle 18 de Julio, la más importante de la ciudad.

LA INUNDACION

HASTA hace poco tiempo, era posible recorrer toda la zona urbana de la ciudad de Paysandú en automóvil, ómnibus o bicicleta.

Hoy, en este sombrío mes de abril, las crecientes del río Uruguay han cambiado el panorama y desconcierta, a quien quiera conocer la alegre capital sanducera, tener que efectuar gran parte del recorrido en chalana, que lo mismo puede ser de motor que de remo.

Esto tiene un motivo: la inundación. En toda la historia de Paysandú, el nombre del río Uruguay asume un papel preponderante. En ocasiones "el padre de las aguas" del Litoral, se sale de cauce y convierte muchas manzanas de la ciudad en islas verdaderas.

Hasta las actuales crecientes, la del año 1941, era recordada en Paysandú como la de efectos más catastróficos a que tuvo que hacer frente la atemorizada población. Pero la inundación de abril de 1959 ha de quedar por cierto contabilizada en la historia de Paysandú, como el drama de mayor significación que se debe al río.

Más de 180 manzanas anegadas y 6.500 personas evacuadas, fue el saldo de este hecho que carece de precedentes, en lo que tiene que ver con su magnitud. La resonancia de la creciente, atrajo hacia Paysandú una nutrida nube de periodistas y de fotógrafos que durante más de una semana encontraron en la "ciudad sumergida", un material insólito, pintoresco unas veces, dramático siempre. La descripción de la inundación merece por cierto atención. Cuando en raras ocasiones coinciden lo espectacular y el terror, se tiene una sensación de teatro o de pesadilla.

Esos días que acaban de vivir las ciudades litoraleñas fueron una oportunidad favorable para el nacimiento de la leyenda, y, es obvio que Paysandú, cobró durante más de una semana el aspecto que uno nunca soñaría en atribuirle a una ciudad uruguaya.

La tarde que llegamos (abril 15) llovía en forma torrencial. La creciente del río Uruguay había alcanzado ya la plaza Artigas, y en el vasto mar allí formado, la estatua del Héroe parecía cobrar movimiento en las ráfagas de lluvia viajera. La arbolada avenida Brasil estaba convertida en canal y era escenario de un tránsito de embarcaciones más propio del sueño que de la realidad sanducera.

Cambiados los conceptos geográficos, el río tenía sus riberas en pleno centro urbano y la población merodeaba afanosamente, viviendo el drama o ayudando a los damnificados como hormigas que han sido despojadas de pronto de sus dominios.

Decenas de embarcaciones seguían arribando a las calles secas convertidas en muelles, en las cuales dejaban su cargamento de vecinos rezagados que no habían pensado en la posibilidad de ser evacuados.

Muebles sacados apresuradamente de la intimidad de los cuartos, yacían desparramados al borde del agua en espera de los grandes vehículos que los transportaran a otros sitios seguros. Sus propietarios daban la impresión de que recién acabaran de levantarse de la cama. No había uno que no se sintiera, con toda razón, desanimado, desterrado y pensativo, a causa de la desesperada necesidad de abandonar sus hogares. El río los había despojado de sus casas, aún a aquellos que se creían seguros en un segundo piso y en la zona del puerto, ya no era prudente ni permanecer en pisos más altos.

En pocos días, más de 180 manzanas quedaron despobladas. En éstas, las ubicadas en las zonas elevadas de Paysandú el agua llegaba a la altura de los hombros de un hombre. Estábamos en Paysandú como cronistas de la inundación. No pasó mucho tiempo sin que encontráramos a alguien dispuesto a recorrer con nosotros el distrito anegado. Un joven sanducero, Humberto Castelli, se ofreció para llevarnos en su chalana, la "Rosa N", por las peligrosas zonas donde el agua cubría los techos y la corriente fluía sin control en busca del río Uruguay que se desataba en forma salvaje hacia el Sur. Integraban el grupo el fotógrafo de EL DIA Antonio Caruso y otro intrépido sanducero, Jorge Galbán, fogueado en el manejo de embarcaciones en aguas traicioneras.

Luego de navegar más de ocho cuadras por la avenida Brasil, la "Rosa N" empezó a recorrer las vías de agua transversales.

Por entonces, disfrutábamos de la fresca lluvia que seguía cayendo, de la extraña sensación de aire frío que salía de las casas semi-inundadas, para compensar el insoportable calor húmedo que impera en el Norte.

A decir verdad, no hubiéramos podido decir con certeza si nos encontrábamos en Paysandú, Brujas o Venecia.

Un mundo extraño nos rodeaba. Un mundo de agua y sin vida. En el interior de muchas casas, estaba oscuro. No obstante, por puertas y ventanas abiertas, podía verse el agua a medio metro del techo y balanceándose contra las pintadas paredes.

En nuestro itinerario trazado al azar, de pronto tropezábamos con alguna falúa abarrotada de muebles y grupos de sombras, que al final resultaban ser atemorizados vecinos evacuados, de rostros tristes, con desmañadas ropas, vestido para la emergencia y con los pies desnudos. Las criaturas y los paquetes se acumulaban sobre faldas de mujeres que tenían pintado el desconcierto en sus grandes ojos oscuros.

La verdad es, que a medida que la frágil embarcación se iba internando en la zona anegada, la diferencia entre el mundo que acabábamos de invadir y lo que imaginamos que debe ser el mundo de los muertos cuya existencia nos es desconocida, parecía realmente muy tenue.

La tumba de agua se extendía hasta donde podía abarcar nuestra vista (y todavía mucho más) con un inexpugnable rigor.

No habíamos visto un alma en muchas cuadras a la redonda y a medida que nos acercábamos a nuestro objetivo (el puerto) las casas desaparecían más y más, y sólo algunos techos, constituían una prueba de que muchos metros debajo del agua, existían casas y jardines que aún podían volver a reverdecer en una próxima primavera.

Y todas esas casas, ahora desiertas, hacía poco habían cobijado el calor de la vida. Mirando hacia adentro del caserío, dormido por el beso frío de la inundación, solamente se veían difusas figuras puestas allí por imperio de la imaginación. Alguna solitaria lamparita eléctrica, paredes empapeladas representando animales en fuga o idilios campestres, eran las únicas señales domésticas en un mundo solitario, abandonado al

La Iglesia San Ramón convertida en templo veneciano.



Interior de la catedral semisumergida.

olvido del tiempo y a la irresponsabilidad y a la libertad del agua.

En el riesgoso manejo de la chalana había que ir evitando los cables retorcidos del alumbrado eléctrico que bailoteaban como raíces que fueran puestas en descubierto por la corriente.

Había allí tanta vida como la que puede encontrarse en una maceta que tiene una planta muerta.

Alrededor de nuestra embarcación, el agua arrastraba las cosas más inverosímiles: un púlpito, un maniquí de costurera, dos troncos girando como las agujas de una brújula, un sillón de mimbre, nidos de pájaros. Una botella vacía de Chianti iba a la deriva. Al poco rato corría zigzagueando entre los cables del alumbrado, esquivando el airado chiquetazo que les imprimía la furia de la correntada.

Aleros de piedra, rezumando agua negra, servían de lugar de acantonamiento a bandadas de gorriones que piaban desesperadamente en busca de sus nidos que ya no podrían encontrar nunca.

En otra calle, otro descubrimiento. Una o dos culebras, el ruido del agua haciendo crepitar las altas ramas o restos apelotonados de hormigueros desarraigados, era toda la vida que podía comprobarse en ese pedazo de ciudad muerta.

A veces, la sensación era de ensueño. Estábamos atravesando un mundo de vidrio y de agua. La corriente resbalaba tintineante sobre verdes persianas y frondas de árboles que emergían al alcance de nuestras manos formaban la cúpula de una catedral vegetal.

Aquí y allá, sobre el agua reluciente, ramas florecidas y racimos anaranjados de cocoteros, eran esmaltados mojones que ponían en descubierto la existencia de jardines hundidos.

Lujosas residencias recomponían venecianas imágenes alguna vez vistas o soñadas y más de un zaguán, sonaba como si estuviera lleno de burbujeantes vidrios de esmeril. El agua dentro de las habitaciones adquiría reflejos negros y grises, ocre brillante, azul pálido, anaranjado. El agua Siempre el agua, escaleras arriba y abajo, yendo y viniendo, a veces con aburridos ronquidos, otras veces golpeando los muros y produciendo un murmullo de delicadas manos enguantadas. El agua despabilando las luces del ceniciento crepúsculo. El agua bajando cortinas contra la noche. El agua vaciando sus pulmones en las casas desiertas. Abriendo ampliamente sus fríos brazos de agonía y de muerte, abrazando a la tarde con algo de eternidad. Las aguas corriendo incansables sobre la solitaria extensión, acolchando los improbables ruidos, dibujando un collar de rosas blancas y arrastrando de aquí para allá esas flores flotantes, virtualmente arrancadas como al restallar de un latigazo.

La lisa suavidad de espejo que cobraba la inundación en los amplios espacios, agrandaba el silencio y hasta un reloj público, detenido a las 9 en punto, parecía la cabeza enorme de un marciano decapitado, con el cabalístico rostro de la muerte.

Poco después, la "Rosa N" entraba en el atrio de la Iglesia San Ramón. La corriente empujó a la embarcación a través de la afiligranada puerta de hierro. Por entre las grandes columnas, parecía abrirse la entrada a un laberinto que iba enhebrando patios y corredores y desembocaba en otros patios secretos por medio de arcadas y túneles.

Desde la misma embarcación, podíamos ver el interior de la iglesia. Amplia como un gimnasio, reducida con todo, a una tercera parte de su altura, la nave parroquial, con su piso movedizo y de agua semejaba la decoración de un pintor surrealista. El altar mayor emergía sobre la superficie lustrosa y algunas figuras de santos reverberaban. Pocas horas más tarde estarían también amortajados de agua.

El viaje hasta el puerto, lo efectuamos entre peligrosas corrientes y rápidos, de una fuerza destructora.

Barroso y ocre, el edificio de la Aduana, dominaba la zona portuaria de Paysandú totalmente desaparecida, en todo lo que se relacionara con muelles e instalaciones. Por el gran arco de salida (o entrada) las aguas turbulentas corrían en remolino hacia la desatada corriente madre del río Uruguay que al fin podíamos ver.

Más lejos, de la isla Caridad, en el lomo del río, sólo sobresalían de la superficie algunas copas de árboles con hombres encaramados en las ramas más altas y a los que se trataba de auxiliar desde algunas embarcaciones próximas.

En el edificio aduanero, la inundación cubría ya la mitad del segundo piso. En los corredores, flotaba la resaca del agua sucia y los desperdicios, en cuya superficie flotante, se movían canteros de arañas que aún se mantenían con vida.

Por último la vuelta final. Al atardecer, y bajo la misma lluvia despiadada, iniciábamos el camino de regreso. Antes como ahora, la inundación seguía teniendo una misma apariencia: las casas abandonadas en el espejo, nadie en los alrededores, los árboles cubiertos con agua de silencio.

J. R. CRAVEA.

(Especial para EL DIA).

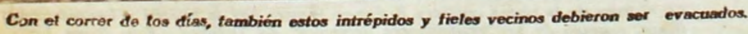


Lenta y en forma devastadora va creciendo la corriente en la zona portuaria.

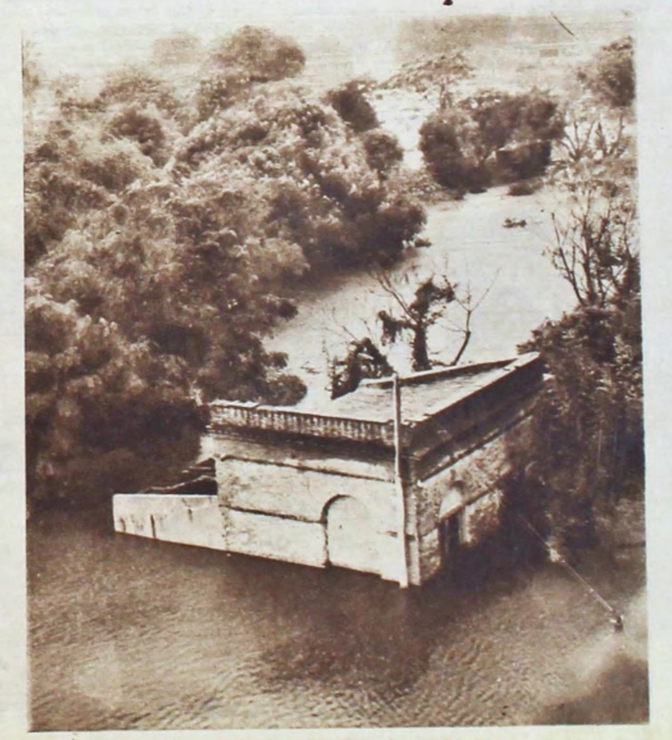


En la Aduana, fluye la corriente hacia el río Uruguay





Con el correr de los días, también estos intrépidos y fieles vecinos debieron ser evacuados.



Huertas y casas sumergidas, vistas desde el aire.

La zona portuaria de la ciudad de Buenos Aires. El vasto hinterland pampeano es servido por el inmenso puerto artificial de la populosa urbe. (Foto M. Light).

EL EXODO RURAL

ESQUEMA DE LA URBANIZACION LATINOAMERICANA

LOS FACTORES HISTORICOS. — Cuando Bernal Díaz del Castillo, integrante del minúsculo ejército de 400 hombres con que Cortés desembarcó en México, contempló por vez primera la ciudad de Tenochtitlán, capital del imperio azteca, dijo que "parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís". En efecto, la gran urbe conglomeraba en su casco alrededor de 700.000 habitantes y con los suburbios llegaba tal vez al millón.

La capital del imperio incaico, la ciudad de Cuzco (cuyo nombre significaba "el ombligo del mundo"), no era tan poblada, pero aún así albergaba en el apogeo del Tiahuantisuyo 200.000 almas.

La conquista ibérica que actuaba desde la periferia al interior, no asentó sus ciudades coloniales —salvo contadas excepciones— en las zonas mediterráneas. Sistemáticamente prefirió las costas y en ellas armó sus bombas de succión económica y sus catapultas de represión militar. Las populosas ciudades de las culturas indígenas prehispánicas fueron asoladas y el cetro descendió de las mesetas a los litorales, donde comenzaban su carrera demográfica los puertos ultramarinos. Donde el clima no lo permitía hubo que ganar la altura y así surgieron Bogotá, México, Charcas, La Paz, San Pablo, pero cada uno de estos centros tuvo, como la antigua Atenas, un Pireo indiano: Cartagena, Veracruz, Buenos Aires, Santos.

Los motivos históricos, económicos, políticos y geográficos determinan que en América latina la concentración de los contingentes demográficos en las ciudades y el ritmo del progreso de las mismas no obedezcan en sus primeras etapas a los efectos de la industrialización que prevalecieron en Europa. Mientras en este continente el interior se halla poblado de modo intenso en virtud de la milenaria elaboración de las paisajes agrarios, América latina tiene sus regiones centrales poco habitadas, con excepción de las zonas donde florecieron las antiguas "civilizaciones del maíz". La selva, la alta montaña y el clima intertropical rechazaron al hombre blanco. Estos vacíos humanos también fueron por muchos siglos paréntesis económicos, recién quitados por la ambición neocolonialista de los actuales buscadores de materias primas y de los constructores de frentes pioneros. La Encomienda colonial no fue una empresa desbravadora sino netamente expoliativa. Los encomenderos españoles o los beneficiaros portugueses de las Sesmarias iban enancados en una agricultura de plantación o de consumo y utilizaban como trampolines las viejas estructuras agrarias indígenas al tiempo que explotaban ignominiosamente la mano de obra del indio cautivo o del esclavo negro importado. Y nunca se alejaban mucho de la costa propicia y sus ciudades jóvenes y europeizantes.

Los indios de los bosques, los marginales *chunchos*, y los indios de las tierras altas continuaron detentando la prioridad demográfica en sus *habitats* tradicionales y, salvo particulares excepciones (ciudades de Bolivia, algunas de Perú y México), no integraron el caudal urbano de los núcleos de cierta importancia.

En cambio, la inmigración europea de la época colonial y del período republicano se estableció preferentemente en el casco o en los ejidos de las ciudades portuarias, acentuando así el desequilibrio entre la América blanca de la costa y la América bronceada del interior.

La centralización administrativa de la Colonia, subrayada por la hegemonía capitalina de las Repúblicas recién independizadas contribuyó también a que las ciudades se convirtieran en los puntos atractivos por excelencia de los habitantes de los poblados de tierra adentro. El ausentismo de los grandes terratenientes que buscaban en las urbes incipientes las comodidades que no podían encontrar en sus establecimientos y el éxodo de los funcionarios o aspirantes a serlo contribuyó también a exacerbar dicha afluencia. Y, por último, a principios



Una ciudad mediterránea. Bogotá, en la meseta andina, dialoga con las montañas coronadas de fríos páramos. (Foto Pan American).



En el lugar de la otrora opulenta Kosko se levanta hoy la híbrida y languideciente Cuzco, ejemplo de las "civilizaciones detenidas" de Toynbee. (Foto Grace Line).



Asunción del Paraguay, madre de ciudades, aguarda junto al río epónimo el reencuentro con su antiguo y gran destino. (Foto E. Galloway).



Vista aérea de Chichén Itzá, el centro religioso del Nuevo Imperio Maya. La ciudad maya, contrariamente a la azteca, era la sede de los sacerdotes y templos, mientras que los campesinos "milperos" vivian en aldeas rurales. En primer término se alza "El Castillo" (Foto Easten Air Lines).

del siglo XX la industrialización comenzó a actuar con la misma sintomatología social y economica que en Europa. Este fenómeno, desdoblado en las causas expulsivas del campo y en la atracción de la ciudad, lo estudiaremos en dos notas dedicadas respectivamente al *push* y al *pull* de las poblaciones rurales.

LOS DETERMINANTES LOCALES. — El éxodo rural en latinoamérica tuvo en determinadas épocas una etiología distinta a la que prima actualmente en todas las zonas del mundo —Africa es el continente más espectacular— que se tecnifican a marchas forzadas.

Entre los casos dignos de citar elijamos como ejemplo lo sucedido en el Brasil con la abolición de la esclavitud en 1888.

Expresa Gilberto Freyre que, desde sus comienzos la historia del Brasil estuvo marcada por dos tendencias en apariencia contradictorias pero que, de hecho, se complementaban recíprocamente. Una tendencia estaba formada por los grupos dinámicos que extendieron la América portuguesa hacia el Sur, el Norte y el Oeste. integrando las "bandeiras" nomádicas, y la otra fue constituída por plantadores sedentarios que vinieron de Portugal para instalarse junto a la costa y dedicarse al cultivo de la caña de azúcar ayudados por ejércitos de esclavos.

Aquella, una especie de democracia peregrina y aventurera, fundó "horizontalmente" al Brasil y ésta lo hizo "verticalmente" dado que "algunos arraigaron profundamente en la tierra y construyeron para sí y sus familias, y aún a veces para sus esclavos, no sólo cabañas y chozas, sino sólidas casas de piedra o ladrillos" (G. Freyre: *Interpretación del Brasil*, pág. 39). La fundación vertical, a nuestro criterio, debe también entenderse en un sentido clasista. pues los grandes señores de *engenho* señalaron la aparición de una aristocracia terrateniente que marcó indeleblemente los destinos del Brasil.

Las plantaciones de azúcar, regidas por los acaudalados latifundistas lusobrasileños a lo largo de cuatro siglos, se ordenaron social y arquitectónicamente en dos compartimentos: la Casa Grande, donde vivían el amo y su familia en un lujoso ambiente europeo importado, y la Senzala, nombre africano aplicado a la casa de los esclavos.

Esta sociedad binaria, con caracteres paternalistas y vinculada de modo visceral a la tierra, sufrió una tremenda sacudida al sobrevenir la abolición de la esclavitud. Los negros, al sentirse libres primero y amparados por la República después, emigraron en masa a las ciudades. La inesperada transfusión demográfica fue paralizante. No sólo africanizó los suburbios con un aluvión melanodérmico y con una cultura mágica sino que creó fricciones sociales con la mano de obra blanca tarifada a un precio que los hambrientos emigrantes abatieron prontamente. Los señores rurales a su vez, súbitamente empobrecidos por la pérdida de los esclavos que fueron manumitidos sin otorgársele a los amos indemnización alguna, debieron vender o arrendar sus tierras y buscar también el amparo de las ciudades, transformándose en los integrantes de una burguesía sin aptitudes financieras y sin energía progresista. Otra causa de éxodo patológico de la población rural latinoamericana es, en el caso de México, la revolución civil.

Durante la revolución mexicana, entre los años 1910 y 1920, la población rural buscó el amparo de las ciudades para escapar a los males de la guerra. Este hecho ha sido registrado estadísticamente. En efecto, en 1910, México contaba con 70.830 poblados rurales y en 1921 sólo existían 62.890, lo cual significa que las luchas civiles provocaron la desaparición de casi 8.000 pequeñas localidades. Por su parte, según el censo de 1910 la población rural de México era el 80 % de la general mientras que el censo de 1921 había descendido a un 69 %.

En la década 1920-1930 las convulsiones continúan y se producen periódicas afluencias de campesinos a los arrabales de los centros urbanos. La rebelión delahuertista de 1923, la denominada "cristera" del año 1926 y la escobarista de 1929, provocan tres sucesivos éxodos a las ciudades, confirmando así un destino común a todas las regiones de hispanoamérica castigadas por sangrías civiles que destruyen las haciendas y empobrecen las economías agrícolas.

LAS AREAS DE URBANIZACION. — Manejando el conjunto de estadísticas ofrecidas y ordenadas por Kingsley Davis y Ana Casis en un trabajo comparativo de gran interés, que analizamos detalladamente en el capítulo de nuestra *Sociología Rural* dedicado a las migraciones interiores, se pueden extraer consecuencias sumamente instructivas.

Los países más urbanizados de América latina son, respectivamente, Uruguay, Argentina, Chile, Cuba y Panamá. Los tres primeros están más urbanizados que Francia (que posee un 37,5 % de su población en ciudades de más de 10.000 habitantes) y los cuatro primeros más que Suecia (con un 33,4 % en ciudades de igual tipo).

La llamada área ABC de Sudamérica tiene un alto grado de concentración urbana: un 35,4 %, es decir, poco menos que la concentración norteamericana (38,3 %). De hecho, la concentración de los tres primeros países del área ABC, Uruguay. Argentina y Chile, exceden el porcentaje canadiense y le pisan los talones al de los EE. UU., aunque son mucho menos industrializados que esta nación supermaquinista.

La segunda región más urbanizada de América latina es la del Caribe, un mundo aparte donde al europeo y sus descendientes se une un rico y cálido retablo africano, una veta indostánica, un empobrecido vivero indígena y un contingente de emprendedores comerciantes chinos y siriolibaneses. El conjunto de este sector no está urbanizado en idéntico grado que los tres países meridionales de Sudamérica. Cuba, sin embargo, exhibe el índice del 30,5 %, extraordinario si se considera que se trata de una nación de estructura eminentemente agrícola.

En tercer término vienen América andina, América Central y México, con un grado más o menos similar de urbanización. Estos países son en su mayor parte montañosos o poco aptos para la penetración y aquerenciamiento del hombre blanco. Los indígenas, muy numerosos, predominan en las zonas rurales, aunque últimamente han sido reclamados por la creciente marea del maquinismo y de la industria urbana. Teniendo en cuenta estas características el grado de urbanización también resulta sumamente elevado.

En resumen, pueden señalarse las siguientes particularidades de la urbanización en América latina, demográfica y socialmente considerada.

Fundada por los europeos conquistadores y oficiando de eslabones con los países colonizadores o abastecedores de habitantes (europeos que vienen a "hacerse la América" y esclavos que vienen a "hacer la América" para que otros la disfruten) las ciudades iberoamericanas crecieron con rapidez. El crecimiento interno, por su parte, no fue provocado por una madrugadora industrialización —inexistente en absoluto— sino por el comercio transatlántico, la centralización político-administrativa y el latifundismo despoblador.

Las ciudades son así el espejo de las influencias exógenas y, por lo tanto, están separadas de su trastierra por un profundo foso cultural. La amplitud de esta separación se revela en las características diferenciales entre las poblaciones del campo y de la ciudad. No obstante, la megalópolis residencial americana, hormiguero de consumidores, traduce en todos los casos el mismo índice que las urbes industrializadas que se levantan al norte del Río Grande y que poseen un pujante sector secundario.

Las poblaciones urbanas de latinoamérica tienen baja fertilidad y un débil crecimiento vegetativo. Su incrementación se debe a los contigentes del éxodo rural y a los inmigrantes extranjeros, que constituyen un 50 % o más de los efectivos urbanos.

Como rsultado de su baja natalidad y de la ininterrumpida afluencia de elementos campesinos y foráneos las ciudades latinoamericanas poseen una gran concentración de habitantes en edad productiva. Por otra parte, como las funciones comerciales, políticas y culturales predominan sobre las industriales, entre los habitantes adultos hay mayoría de mujeres.

Podríamos seguir sacando conclusiones de las estadísticas y todas serían de real interés. Pero a nosotros nos interesa más la flecha que el blanco y debemos fijar nuestra atención en quienes se desgajan del campo para las ciudades y en los motivos que los impulsan a hacerlo. Ese será, entonces, el tema de nuestro próximo estudio, dedicado a las causas que provocan la huída de la población rural hacia las ciudades de latinoamérica en general y del Uruguay en particular.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA)



Visión aérea de Río de Janeiro. La naturaleza americana y la técnica arquitectónica de Occidente se fusionan en una audaz alianza. (Foto oficial).

EN el Salón de la Comisión Nacional de Bellas Artes, se realiza la IV Exposición Bienal de Artes Plásticas, que reúne la obra de los artistas que hayan obtenido los Grandes y Primeros Premios, en los Salones Nacionales. Este Salón, cuenta sólo con la presentación de catorce pintores y un escultor. Faltan, por lo tanto, obras de numerosos artistas que han sido distinguidos con los premios estipulados. Ello le resta la importancia que pudiera tener, de acuerdo a las distintas tendencias que se manejan en el ambiente nacional, y que dan la pauta del verdadero estado de nuestro arte plástico. Sólo un escultor ha realizado su envío y por lo tanto, esta rama



"Gaucho", monografía de Solari.



"Techos", acuarela de Gurowitch.

COMISION NACIONAL DE BELLAS ARTES

IV SALON BIENAL DE ARTES PLASTICAS

del arte queda reducida a una expresión. Lo mismo en menos grado acontece con la pintura. Su manifestación más característica es el sentido moderno que encara distintas posibilidades dadas las individualidades que, en un grado o en otro, alternan con lo que evoluciona en la abstracción.

También lo que mantiene un equilibrio entre un naturalismo estilizado, y sujeto a las variantes y transformaciones de la rítmica compositiva, y el naturalismo pictórico, que en realidad fue el que logró, dentro de su representación, el galardón de la beca.

Arzádum fue distinguido por su cuadro "Lluvia", una calle de esas tan características de su pintura, dentro de la entonación gris y ocre, que si en realidad no rebasa las virtudes pictóricas de sus obras más valederas, sí, junto a sus otros envíos, configura un conjunto que agregado a su vasta obra, lo hacen merecedor de su triunfo.

Un conjunto de cuadros que denotan un deseo grande de superación, de sentido de responsabilidad ante un Salón de tal importancia, es el de Zoma Baitler. Porque no sólo se ha limitado al Paisaje, sino que muestra una faceta menos conocida en él: el "interior" con figuras, donde la luz juega un rol preponderante, envolviendo los elementos que se constituyen en una gama cromática; bien empastado el color, y ejecutado con soltura y clara visión de lo espontáneo. Estos cuadros de respetable tamaño, y que definen una esforzada tarea que ponen al descubierto su impulso de realización, nos sitúan en contacto con un temperamento que, empapado en el impresionismo, tiene en la luz la rica disposición de un sensible colorista. La mancha es tratada enteramente, y en los varios planos de la tela, agregando a ello sus obras de paisaje que está demás destaquemos, nuevamente. Volveremos a Arzádum para citar sus "Arboles secos", pieza subjetiva, que denota una forma de expresar lo que sin dejar de lado la naturaleza, puede sentirse y apreciarse como abstracción y sugestión del tema. María Rosa de Ferrari, envía una serie de cuadros dentro de una estructura de planos y ritmos que se basan en la na-



"Naturaleza muerta", óleo de Julio Verdié.



"Interior", óleo de Zoma Baitler.

turaleza de los objetos para depurar y componer. En otro aspecto, ha ido al cuadro abstracto puro con bastante certeza en el fino colorido y la red de líneas, pero esta transformación, un poco impuesta por ella misma, no alcanza los quilates de sus buenas obras naturalistas, donde había logrado ya valorarse, e ir paulatinamente hacia una expresión más plástica —y no decorativa— de la que tiene en esta muestra, un exponente no tan definido y que se titula "Suburbio".

García Reino sostiene en un envío serio, sus dotes de pintor moderno de evolución estudiosa y natural. Sus obras, sobre todo "Suburbio", entienden de una disposición temática, para ajustarla a la técnica y sobre todo, a su ideario, en el que no lo hallamos bien, cuando acude al cuadro puramente abstracto, donde deja la savia de lo constructivo total, para desligar factores primordiales en la pintura. "La Catedral" y "El Rey Salomón" de Halty, son dos cuadros que bien le representan dentro de su manera, y que mantienen ese deseo de manejar la materia y sostener el motivo que le inspira.

En sus otros cuadros no le hallamos el mismo acierto, nos parecen más débiles de dibujo, y más superficiales en su contenido. En el colorido vivo y exaltado, y en la ejecución, donde se aprecia una inquietud de medios que denotan un poco la complicación de los materiales y la búsqueda de efectos, encontramos los cuadros de Verdié. Antes que nada son espacios de colores y líneas, aun cuando el tema apunta en buena parte, rodeado de esa red de enlace en la que usa el pintor trazos que se confunden luego en manchas, y se amplían dentro siempre de la característica apuntada. Sus cinco cuadros repiten el procedimiento, y logran en los números 38 y 41 el complemento entre el temario y la técnica aplicada. Del envío de Presno, existe un contacto con la pintura de Vasarely. A nuestro entender, cuando se eliminan en su simplificación tantos valores concernientes a la pintura que nosotros consideramos total, se entra en una faz que, aunque posea sus valores, se hace más decorativa, acusada dentro de rasgos arquitectónicos. Una acuarela de Gurewistch, "Techos", sobresale de su envío, ya que aún en un juego de líneas de corte moderno, se establece un equilibrio de color armonioso. Los ritmos en tintas resistentes de Frangella, lo presentan en una faz de la que ya teníamos conocimiento en su técnica de la pasada muestra de Moretti. Aquí se despoja aún más del tema, y hace decorativa y fría su obra, faltándole aquella serie de matices y también la temática que entonces la complementó.

Las monocopias de Solari, encaradas en su temario del Gaucho, poseen como ya lo destacamos tantas veces, una vitalidad que se ajusta a un fin: existe una técnica empleada en el carácter del personaje, y éste a su vez, requiere una fácil comprensión, sin excluir los valores, que en un planteamiento de certera composición, sabe imponer el artista. Una gran lámina, que creemos tinta resistente en colores, lo encuentra con sus máscaras. No nos agrada la composición, la que notamos sin ajuste de espacios, y ciertas deformaciones de proporción, no ayudan tampoco, sin dejar de reconocer que el tamaño, y en ciertos aspectos, es una obra de esfuerzo. La obra de Pavlowsky, de la que en una muestra pasada destacáramos virtudes, en este aspecto que hoy presenta, lo hallamos desprovisto de aquel concepto más rico en inventiva y en medios expresivos.

Polleri hace su envío con dibujos, en los que difiere su forma expresiva. Denota su don de trazo, pero no llegan estos trabajos a nuestro entender, a representar toda su capacidad.

Musetti expone cinco acuarelas, creemos que sobre tela. Ello si bien rinde un aspecto o efecto unido en las obras, no es menos cierto que le quita uno de los caracteres más bellos de la técnica al agua: su transparencia y frescura. Ejecutadas limpiamente dentro de un naturalismo objetivo, con cierta dosis de intención de línea, igualmente se acercan a la pintura al óleo lavado o a la esencia, dejando esa parte tan destacada y que Musetti, en la mayoría de sus obras, emplea con su bien ganada experiencia.

El escultor Germán Cabrera —único concursante— ganó la beca con obras de gran tamaño, y que son fruto de su esfuerzo en presentar una evolución continuada de su actual manera. No compartimos esta forma expresiva en la escultura de Cabrera. Artista de grandes valores que siempre hemos destacado, y que hasta el reciente Salón Nacional hallamos dentro de lo moderno en un aspecto que comprendíamos, despoja aun más en su estilización, atributos que nosotros consideramos vitales para la escultura total. Si acaso "La familia" sugiere el enlace del grupo, pero ya el artista va camino hacia lo abstratco puro, y no nos resignamos a perder aquel notable empuje que completaba una de las personalidades más relevantes de la escultura nacional.

E. VERNAZZA.

(Especial para EL DIA.)

"Luvia", de Carmelo de Arzádum.



"Suburbio", de María Rosa de Ferrari.



Piedra, muerte y silencio, invaden el aire milenario de Egipto.



Edificado para perdurar, la mole colosal se adueña del espacio. (Karnak — Estatua de Amenofis IV).



Un prodigio invisible espiritualiza la pie

AIRE, TI

LIVIANA, espiritualizada por los siglos, que la volvieron símbolo al arrasar en torno suyo el edificio que integraba y el pueblo y la civilización en el seno de los que surgió, la columna se yergue, en el panorama de la historia, como un vestigio cuya fuerza estriba en su propia soledad. Nació para sostener: noble destino. Para sostener lo que el tiempo fue demoliendo. Hoy la rodea el aire, el aire que parece sostenerla, y ella misma, levantada para servir de apoyo, se apoya en el aire, y sostiene aire. Resulta patética la imagen: una columna grácil, entre capiteles descabezados entre fustes que se desmoronaron, entre silencio, entre escombros, entre ruinas, entre fantasmas del pasado. Y sobre todo ello, ingrávida, la presencia del aire.

Y nos da por pensar en este protagonista invisible, sin rostro, en medio del cual viven los individuos sin advertir su imprescindibilidad.

¿Según como el hombre trató al aire, dio acaso fisonomía a un tramo temporal? No nos atrevemos a afirmarlo, porque sin duda nunca lo tuvo en cuenta al construir sus casas, sus templos, sus mausoleos. Pero sutilizando un poco, podríamos aventurar algunas conjeturas.

En Egipto, todo es piedra. La exasperada desesperación de sobrevivir, absorbió la vida humana, y el afán de perdurar buscó materiales sólidos para ponerle cimientos al más allá. Y aunque algunos historiadores subrayen la alegría del pueblo egipcio, su pujanza solar, tiene más fuerza la definición sombría, el carácter trascendente y preocupado de eternidad, que atraviesa milenios con la efigie adusta de una raza sumergida en la obsesión funeraria. El egipcio quiso perpetuarse en la muerte, para vencerla; edificó un orbe subterráneo, sin aire: el aire no tenía objeto entre ritos mortuorios, sarcófagos, inmovilidad. Todo era *para siempre*. Y no hay peor quietud que la encerrada en esa frase. La pirámide, era para siempre: masa de granito, mole que desplazaba el aire para llenarlo con su prepotencia adusta de panteón perpetuo. El coloso, era para siempre: gigante pétreo que abrumaba con su inmensidad para siempre. Hasta el aire quedaba humillado, rezagado, ante su grandeza desafiante. La imagen de Egipto que se arquitectura en nuestro espíritu, está totalmente estructurada de piedra, muerte y silencio. El silencio y la piedra asfixian al aire. Y sólo queda en pie, del Egipto, la muerte.

Muy otra vibración irradia el ámbito de Grecia. Así como el egipcio estiró las raíces de ultratumba hacia las profundidades de la tierra, el griego pareció ascender hacia un olimpo de diafanidad, patria del aire. Un movimiento ascendente cimbra en la esbeltez de las columnatas, mueve la brisa la túnica de las cariátides, el viento del Egeo modela sobre la carne palpitante las vestiduras de la Victoria de Samotracia mojadas por la espuma marina. El aire retoza en la gloria de un cielo límpido. Y el hombre no lo destierra: lo circunda de columnas, lo encierra en un peristilo gozándolo sin oprimirlo, sin ahogarlo en las formas; lo aprisiona sin ponerle cárcel, que es la mejor manera del cautiverio. El aire circula en las casas, juega entre las columnas de los templos, orea la frente de los dioses, sacude el ramaje de la encina sagrada de Dodona. Toma cuerpo de divinidad ágil, y se llama Eolo; brinca en las nubes, sopla en los pífanos de los pastores, travesea en una hora arcádica, en la que amanecía, "en un divino juego de niños" el conjunto de las más nobles disciplinas del pensamiento. Y planeaba sobre la gloria de la Hélade, el aire de la Gracia, el aire de la Vida.

El hombre cruza por los siglos, vuelto



piedra: el prodigio del aire. (Catedral de Amiens — Arbotantes del Coro).



El aire, supremo arquitecto del milagro gótico, roza apenas las ceñiduras rígidas en las que se inmoviliza el Medioevo. (Catedral de Reims — San Denis entre dos ángeles).

IEMPO Y HOMBRE

a Occidente el rostro. Y si queremos hallarle en la Edad Media, debemos buscarle en los laboratorios de los alquimistas, en los monasterios, en las iglesias. El aire se ha enrarecido, pesa sobre las almas como pesa sobre las conciencias la amenaza de la culpa y el castigo que el Cristianismo anatemiza sobre los pecadores. El Medioevo pasa como un fraile enlutado que se ha olvidado de la sonrisa del tiempo clásico, bajando la capucha sobre la faz lívida para no aspirar a bocanadas el aire embriagador de la vida plena, que latía junto a él, en el derroche frívolo de las Cortes de Amor, en los torneos caballerescos, en la fiesta lírica de la juglaría. Como toda edad de transición, participa fuertemente de estos contrastes: el Misal y el Decamerón. Pero en general prevalece el tono opaco, el aire torvo de los pasadizos. Se predica el recogimiento y la meditación para salvarse del infierno, y la catedral gótica parece alegorizar la respuesta a las inquietudes terrenales y la promesa de la intemporalidad. En ella, el aire, reposado, se abraza a las ojivas, se curva en los arcos, se dobla en los arbotantes, se ciñe a los rosetones historiados, es parte constitutiva del edificio; y la ojiva, el arco, el arbotante, el rosetón, lo esculpen, lo contornean, y le hacen el regalo imprevisto de una silueta que anda por el aire; porque la luz que entra del exterior proyecta en las naves, como a través de una linterna mágica, uno de esos santos rodeados de palomas y monstruos que decoran con su ejemplo cándido y piadoso el milagro multicolor de los vitrales. El aire... En Egipto, fue muerte; en Grecia, fue vida; en la Edad Media es introspección.

Pero al salir del túnel opresivo, como una recompensa, está de pie, en la gloria de una desnudez olvidada durante siglos, la ofrenda vital del Renacimiento, que podría representarse con una de esas mujeres opulentas y sensuales que pintó deleitosamente, con gula y arte, un Rubens o un Ticiano. En la luminosa mañana renacentista, todo es corriente de aire, todo busca la emoción que arrebata, el amor que exalta, la aventura y el peligro que crispan los nervios, el riesgo del estremecimiento, invirtiendo el proceso que en el viejo Egipto hizo de la muerte un instrumento de la vida; porque ahora la vida puede conducir a la muerte, por excesivo desborde del sentimiento, y detrás de la pasión que quema, pueden acechar el puñal de las emboscadas o el veneno de las traiciones, en un vertiginoso tumulto en el que el hombre está saciando una clausura secular, mientras respira a pulmón pleno el aire exultante de una resurrección histórica.

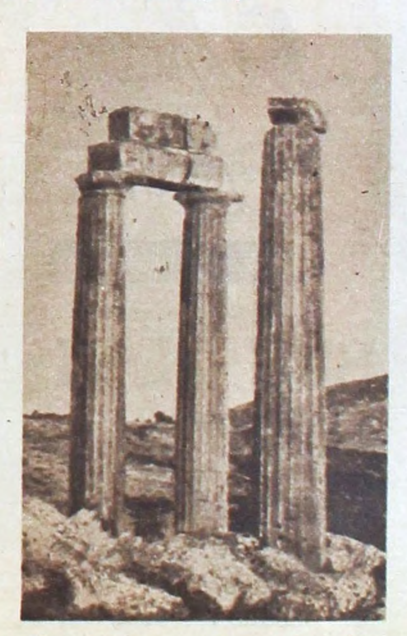
El aire también se metamorfosea —como el Ariel shakespiriano. Puede ser brisa, huracán, viento silbador, caricia liviana, tormenta temible. Es el que hincha las velas de los barcos y las olas del mar, el que suelta su estridor en las flautas bucólicas, el que hace flamear las banderas, el que resonó en el cuerno de Roldán sembrando de ecos Roncesvalles, el que tañe músicas extrahumanas en esas maravillosas bocinas de la Selva Negra que por algo se llaman arpas eólicas. Nos rodea y acompaña, tiene la vitalidad que de nosotros proviene, y prolonga nuestra dimensión fugaz en su incorpórea permanencia. Cuando pasa el hombre, deja en el aire un hueco que se puebla de melancolía, y no otra cosa son en el fondo los fantasmas; un poco de melancolía en un puñado de aire...

Hasta aquí hemos llegado de la mano de ese lazarillo sin cuerpo, voz ni cara, que podría tener sin embargo, los de aquella joven dulce que en la parábola de Rodó, brinda al huésped el don máximo: *espacio*. Todas las posibilidades, toda la esperanza, todo lo que cabe en el sueño y no cabe en la vida humana pueden tener ciudadanía en la tierra inexistente. Era, en suma, un templo de aire.

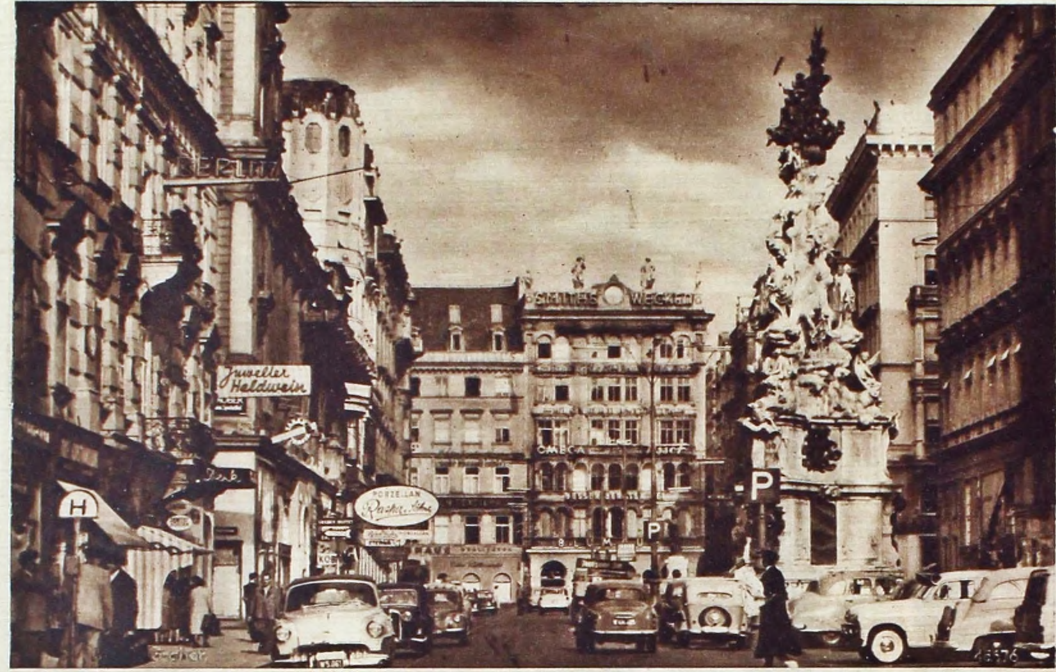
Nadie podrá superar jamás la ofrenda de Leuconoe.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



Una columna como cimiento de la atmósfera: perfecta alegoría del legado idealista de los griegos. (Nemea — Templo de Zeus).



El Graben, con su famosa fuente votiva.



La monumental rueda giratoria del Prater, de 64 metros de altura.

EL DANUBIO NO PASA POR VIENA

CIERTOS itinerarios de viaje llevan a presumir que el Danubio es poco menos que el único río europeo. Pasa por Ulm y Ratisbona; por Budapest y Belgrado; le da tono melancólico al agudo romanticismo de Bratislava en Eslovaquia; y continuamente está uno atravesándolo. Pero en función de Johann Strauss, se atribuye a Viena con la misma ligereza con que se tararea el vals. Y hasta cabe el asombro cuando se encuentra con él en otras partes: "¡Ah! también éste es el Danubio?". No hay duda que tiene mucho de insolencia ese "también"; nos consta que sabemos de su longitud y de su recorrido y que corresponde, indisolublemente, a definir el perfil de ciudades tan importantes como esa que, de su extenso repertorio de río ambicioso, acabo de entresacar más arriba.

Lo cierto —lo inicialmente decepcionante, sin duda— es que no pasa por Viena. Rápidamente —quizá de antemano— se admite que no sea azul o que el azul se advierta a veces y no cerca, por cierto, de las ciudades o de los centros industriales; pero eso, al fin, puede pasarse por alto. A lo que de todas maneras nos resistimos, estoy seguro, es a que el Danubio prescinda de atravesar Viena; que —a nuestro entender apresurado— la traicione de esa manera.

Udes. tienen, al respecto, mi palabra; pero tienen también, como contrapartida, toda una serie de referencias geográficas que insisten en que él la riega. También llevan razón los textos que eso aseguran; puede ocurrir. La riega y está allí; pero no consiste, no forma parte, no se consustancia con Viena, como lo hace en Bratislava, como el Sena lo hace en París y el Arno en Florencia. Ni siquiera se presenta con Viena en la forma ladera, un tanto recatada, del Manzanares en Madrid o con la fuerza de vía de tránsito algo independiente del hecho urbano con que cruza a Colonia el Rin.

Seguramente por culpa del reverenciado y auténtico Strauss es que los vieneses mismos ocultan esa circunstancia o que, por lo menos, dejan creer en lo que creer nos gusta. Al fin, tararear un vals vienés que se refiere al Danubio no nos autoriza a tanto. Y si queremos convertirlo en el documento que nunca quiso ser, allá nosotros. Pero como los austríacos son, además, gente proba y correcta, no bien usted desembarca de su tren o de su avión y pide referencias documentales (plano, guía de monumentos, programa de actividades semanal), le entregarán eso que solicita con amabilidad y en el idioma que usted habla; y lo primero que allí Ud. encuentra es la advertencia: "Contrariamente a lo que todo el mundo piensa cuando aquí llega, el Danubio no atraviesa a la ciudad de Viena; hallará un curso de agua en pleno casco urbano, pero es un canal artificial que, en rigor, corre a la vera de la vieja ciudad imperial; que siempre estuvo allí". Al recordar, en seguida, el gesto amable con que la carta de presentación ha sido entregada, se acaba por presumir que había cierto tono condescendiente en la sonrisa y una chispa de diversión en los ojos; como si se quisiera pedir disculpas inútiles por la omisión de una circunstancia gratuitamente impuesta y contra la que nadie ha podido hacer nada; como si además, se pidiera tácita complicidad: "Ocúltelo usted o cuéntelo en voz baja; pero recuerde que, al fin, no es una vergüenza... Amsterdam, Venecia y Stockolmo son las ciudades del agua y el perfil de París tiene su inevitable reflejo en el Sena; pero, al fin, ¿ha visto Ud. que nosotros mostremos a Viena en función del Danubio? El centro de nuestra ciudad se da en una vía de tránsito: el Ring; es de él que hablamos continuamente; también de los parques, también de San Esteban, de los museos, los cafés y los teatros. ¿No es bastante? Pues hay más todavía. Desde lo alto de la rueda giratoria del Prater, podrá contemplar al río, tal como es, sin corsé ciudadano; podrá ir hasta él... Podrá también encontrarlo en el desvío del canal que, al fin de cuentas, no es tan despreciable, aunque admitimos que no está a la altura de las previsiones... Y presentir continuamente al Danubio en Viena, en toda Viena, dentro y fuera de muros, cerca o lejos de los jardines, ¿no es más maravilloso que ubicarlo en un determinado lugar de su dintorno?".

*

Cuando uno va a Viena ya ha leído y visto "El Tercer Hombre"; además no ha faltado quien, antes, poco antes, haya estado en ella. La imagen que se traslada con uno, así, como barrunto, es algo imprecisa porque ya se admite que el tiempo ha pasado y que son otras las condiciones. Además uno puede desconfiar de las novelas, aunque crea en las documentales del cine; puede desconfiar de los telegramas leídos y admitir como cierto lo que el amigo dijo acerca de las penurias pasadas. Pero a poco de estar en Viena, ya la actitud es otra. Si no es falsa la imagen que nos dieron, por lo menos su distancia es apreciable. "¿Tuvo Ud. hace tan poco, tantos contratiempos? ¿Era tan difícil la vida? ¿Había tanta tristeza y privaciones? También pasaba eso en ciertas etapas de la Edad Media; esto y aquello pertenecen a la historia. Y si el vienés piensa otra cosa o lo ve distinto, no se lo discutiré, pero seguiré pensando en lo mío".

Y el amigo con el que cambio impresiones, también se resistirá a admitir mi experiencia como hecho tan cercano a su aventura. Para él han quedado indelebles las marcas de la privación, de la angustia y de la insolencia. Yo tengo, para mí, una ciudad que vive intensamente; que es alegre y lo es con la naturalidad que da el haberlo sido siempre. Siento en los poros esa bienvenida de la ciudad, ese cariñoso acogimiento. Al rato de llegar ya sé que voy a quedarme en ella todo lo que pueda, con fuerte ansia de gozarla en todo lo que tiene; pero sé también que volveré. Uno puede apurar el goce de conocer nuevos seres; aquellos que de inmediato sentimos amigos, quisiéramos además, reencontrarlos. Y Viena se hace amiga sin violencia. Aunque nos detenga la barrera del idioma, creemos habernos metido en su intimidad, que nos parece estar a flor de piel.

El tiempo no ha pasado por Viena. No ese tiempo de la ocupación cercana tan sólo; todo tiempo histórico que haya transcurrido después de María Teresa y de Francisco José, también se ha obviado. Y así parece mantener, como antes de la guerra del catorce, esa actitud de limpia emulación con París, en cuanto la capital francesa era el centro de la elegancia o de lo que ha venido a nuestro lenguaje con los términos de "sprit" y "chic".

No sólo no faltan cosas; en los escaparates se ofrecen naderías elegantes, como si aquello fuera el imperio del lujo, de un lujo de la menudencia que casi no tiene razón de ser en este otro colmado de muy distintas preocupaciones sociales. En la "Volksoper" se ofrecen continuamente las viejas operetas vienesas; Johann Strauss sigue siendo el amo, dentro del tono de una espiritualidad retozona; y los músicos atacan el vals con un ritmo inexplicable; quien no lo ha sentido allí, no lo ha sentido; como si, en símil justo, hubiera pretendido conocer el champán a través del gusto de una bebida refrescante. En el teatro de la Academia se ofrece una versión del Fausto de Goethe, como en los mejores tiempos de Max Reinhardt; la Opera del Estado sigue a la cabeza de la actividad europea de su género.

Varios meses del año, los domingos de mañana, en el edificio del Burgo que queda entre las Plazas de Miguel y de José, tiene lugar el Manejo Español, espectáculo de alta escuela de equitación, testimonio del interés que acerca de este punto tuvo la vieja corte; son los caballos descendientes de aquellos de pura sangre, llegados de España en la época del Archiduque Carlos, hijo de Fernando I; el espectáculo se ofrece con bicornio y trajes de principios del siglo XIX; en el antiguo palco imperial se mantiene el retrato de Carlos VI. Y antes de llegar hasta allí habrá Ud. pasado por alguna de esas tienditas modestas donde naturalmente se ofrece a la venta la doméstica estampa de Francisco José, rodeado de su muy amplia familia.

En los parques, esos deliciosos parques que se abren al Ring, niños, señoras y guardias toman el sol jugando, leyendo, paseando sin prisas.

Y si Ud. acude al Café Mozart, no busque miradas torvas de contrabandistas o parroquianos con gestos sinuosos de espías

potenciales; no encontrará nada de eso; quizá sí, algún buen burgués saboreando una pasta de chocolate, alguna señora elegante de más divertida ocupación que la de robar documentos de guerra, y algún turista también feliz y asombrado. Pero hasta el asombro es cosa que pasa rápido; todo ese buen vivir, toda esa inconsciencia animada por el deseo del buen placer lo contagia a uno muy pronto. Y, entonces, la barrera del idioma parece configurar un excelente antídoto contra cualquier peligro de confidencia que anule esa realidad que gusta y que puede ser, tan sólo una fachada. Pero uno se mueve allí entre fachadas, como en un escenario, como comparsa dentro del teatro en el que se ofrece al mundo una obra de gran espectáculo con tono superficial y profundo mensaje humano.

*

Viena sigue siendo el centro físico y espiritual del rococó. No es que uno olvide los grandes ejemplos de arquitectura medieval que allí se encuentran; San Esteban levanta, desde el centro mismo de la vieja ciudad las enhiestas torres bohemias, llamadas "de los paganos" y se enseñorea del perfil capitalino; pero es amena su plástica presencia y los apuntados techos, cubiertos de tejas esmaltadas de colores blanco, rojo y verde más dan un acento de alegría que el testimonio de la ocupación húngara en los tiempos de Matías Corvino.

A la altura de los ojos, son los portales con figuras retorcidas, de inútiles tensiones aparatosas, son las fuentes blancas y el tránsito ruidoso del ajetreo diario.

El Graben (que ocupa lo que fue foso de un primitivo recinto de la ciudad) es una calle o una plaza o las dos cosas juntas. Allí el movimiento de viandantes y ricos comercios es tan intenso como en la Kaertnerstrasse, pero más apretado. En su centro está la Dreifaltigkeitsauele, la "Columna de la Santa Trinidad" que Leopoldo I hizo levantar, bajo la dirección del gran Fischer von Erlach, como resultado de un voto ofrecido durante la peste de 1679. La razón del monumento y la temática que lo alimentara son suficientemente dramáticas; pero el resultado ya no lo es tanto. El violento gesto de la escultura que representa la peste dominada por la fe, carece de sentido trágico; no porque no lo tenga, sino porque se evapora en el conjunto. La piedra va deshaciéndose en el aire; las figuraciones desmenuzan el sólido, abriéndose disociándose, intensificando su explosión rítmica. El resultado no es gracioso, pero es amable. Pocos se detienen a mirarla: ya es un hito plástico incorporado a un centro de transacciones de negocio, incluyendo la alta especulación del ocio. El ejemplo es excelente: la concreción de un gesto de dolor que se ha domesticado hasta ser una mueca digna. Como si el drama no tuviera nada que hacer. Uno sabe todos los dramas que, aún antes de esta guerra, soportó Viena. Pero va aprendiendo cómo su huella se pierde por el impulso de mejor vivir, que parece ser su permanente propósito. Como si su única angustia fuera la de poder perder motivo de mejores y más gozosas evasiones.

Viena sigue ubicada en el lado de la alegría de la actitud romántica; con el hula-hoop, con las máquinas italianas del café express, con los grandes titulares distintos de los periódicos, sigue sin embargo, en su "belle epoque", particular.

*

No se siente el ruido del agua del Danubio; pero, como si fuera una imagen desvaída de cierta realidad fabricada, su rumor imposible la arrulla.

Respirar el Danubio le hace mejor que tenerlo con todas sus condiciones de realidad medible. Porque el Danubio en relación con Viena es más que un río y hasta más que un símbolo. No tiene por qué ser un cauce henchido y determinable, porque es mucho más: es una realidad teatral con todo lo que de referencia ello implica.

Por Viena no pasa el Danubio y uno acaba por entender que tampoco hace falta. Irá una vez al canal danubiano y ya se habrá vacunado del prurito de realidad; luego lo atravesará si las contingencias lo obligan, pero sin dignarse observarlo atentamente. Hasta puede prescindir de un viaje hasta él; y si los árboles se lo ocultan desde lo alto de la rueda giratoria, eso no produce lesión; paseando por el Prater lo entreverá también y observando las parejas que acuden a los merenderos y se sientan bajo los árboles, admitirá sin violencias que hasta para el amor su cercanía física es prescindible; el Sena en París tiene otros atributos y toda comparación es ridícula.

A poco de vivir en Viena, ya no hay tal decepción ni se alimenta la resistencia a admitir esa verdad. No hay traición por parte del Danubio. Le ha dado a Viena todo lo que tenía que darle y es más de lo que, en otra forma, le habría entregado. Al no estar, se siente: al no permitir la señal del dedo o la observación directa de los ojos, aparece como acurrucado en todas partes; es el duende insible de la ciudad. Y en ese otro estrato de la realidad, adquiere un tono más agudo de convincente presencia.

Fernando GARCIA ESTEBAN
(Especial para EL DIA)



El famoso Teatro de la Opera, sobre el Ring.



San Carlos en la noche.



Altar mayor de la iglesia San Miguel, en blancos agrisados y oros. Un muy preciso ejemplo del rococó vienés.



La catedral de San Esteban: un prodigio de equilibrio estructural.

EL HEROE DE LA PULPERIA DEL ABRA

ERA un hombre alto, de ancha espalda combada, y poderoso pecho. Hablaba con voz enronquecida, fuerte, en el centro de una rueda de hombres atentos, colgados de su palabra.

—En esa atropellada yo iba sobre un tordillo de la marca del brasilero Cabral, de encuentro firme y pata liviana; y celoso al riendeo, que eso jué lo que me valió el seguir churrasquiando en la vida. ¡Jué pucha!, iba atrás de un rubio grandote que volaba lengua de ajuera horquetao en un moro clinudo, y no vide que se me venía apariando un indio, como si quisiera amadrinarme. Sentí un grito, me tornié un poco y lo miré cruzarme en un borbollón de patas cimbrando una tacuara. Quebré las riendas. El hombre cuasi me pechó en el bote, y yo volqué la lanza. La hoja y la media luna le dentraron por un costao. El mesmo galope que llevaba las desenvainó del cuerpo, y el indio se jué aflojando sobre el recao hasta que cayó boquiando...

Llevó un alto y ancho vaso a la boca y sorbió de golpe.

En un banquito, junto a una mesa, aparte del círculo de oyentes, un paisano menudo, que al parecer ya había pasado los cincuenta años de vida, de bigote gris y melena raleada, comía rodajas de chorizo entreveradas con pedazos de galleta dura. A su lado relumbraba su rojo sombrío un vaso de vino carlón. Este hombre, también suspendido de la épica narración del guerrero, levantó un poco su voz afinada y suave:

—En esos tejes, es verdá, valen mucho la vista y la mano; pero valen más la güena calidá de las patas de un caballo junto al güen temple de un jinete, sí señor.

El hombre que presidía la rueda se volvió un poco y observó con mirada punzante al que había hablado. Y con tono entre soberbio e irónico dijo:

—Mire, viejito, no lo conozco; pero usté no parece entender mucho de estos tejes, valga su palabra. Y por otro lao naides le ha ofrecido cuchara pa' que la meta en esta sopa...

El viejito trazó una sonrisa humilde en su boca. Y expresó:

—Es verdá, sí señor. Desculpe don...

Pero el otro siguió inexorable:

—La pior matadura que le puede cáir a un hombre es la de ser entroducido; y eso es lo que usté es, ¿me oye? un entroducido. No le alabo esa condición, amigo.

—Ni yo tampoco —habló suavemente el increpado.

Terminó su frugal merienda, bebió su vino, pagó, se levantó, y dando las buenas tardes desapareció por la puerta de salida.

*

El día amaneció esplendoroso. Se veía caracolear la caballada sobre la costa del monte. Los fogones, muchos, lanzaban al cielo blancos vellones que la leve brisa esquilaba al braserío. El campamento vibraba. Los hombres apretaban cinchas y en su movimiento y voces se palpaba un intenso nerviosismo. Aquel paisano, que en la Pulpería del Abra fue tratado con cierta aspereza por "entroducido", estaba sentado sobre dos cojinillos que tapaban un basto, a la vera de un tizonerío humeante. Tomaba mate que le servía un negro. Le hacían rueda dos o tres, de chiripá corrido, sonando espadas. Junto a ellos un muchacho sujetaba por el bozal un bayo de fina estampa.

Bruscamente el *viejito* se levantó exclamando:

—¡Miren, asomaron nomás!

Y tendió el índice hacia unas cuchillas lejanas cuyas líneas altas se fueron punteando de ampos; y hasta allí llegó, tardo, el velado fragor de los primeros disparos.



El bayo fue ensillado rápidamente. El viejito montó y una vez en lo alto del recado se transfiguró.

Y en clarinadas, vocerío, crepitar de galopes, ayes, imprecaciones, y descargas, la muerte se fue tendiendo sobre el campo luminoso. El hombre del bayo, en un alto, dominaba la visión dramática. Junto a él estaban tres oficiales y su asistente que apretaba dos lanzas. El viejito ordenó a los oficiales:

—Repunten los escuadrones contra aquel cañadón.

Y al negro:

—Dame la lanza.

Al trote largo tomó el rumbo que había indicado.

Cuando llegó al cañadón noventa jinetes estaban allí tironeando frenos, cimbrando astas, bajo un relampagueo de hojas y medias lunas aceradas. El viejito gritó "¡Vamos!", clavó espuelas, y el bayo dio un violento salto al sentirse súbitamente herido por las rodajas nazarenas. Y los tres escuadrones rozaron los pastos haciendo volar las rojas florecillas del bajo. Uno de esos espectáculos muy pocas veces vistos, imposibles de narrar aún habiéndolos visto, pues no se puede ni se podrá nunca describir exactamente un río que se despeña, el culebreo de una centella o el raudo volar de una ramazón arrebatada por el pampero.

Poco después dos hombres galopaban desalados. El viejito tendido sobre su bayo, fría la mirada, iba tras otro que montaba un calificado oscuro. Pero el bayo tragaba la distancia. El que huía conoció, a medias su instinto, y su oído que le llevaba el sonar de cascos del bayo, que el otro jinete lo alcanzaría. Corrían los dos, mudos, pegados a la crin de sus montados. El que iba adelante había tirado la lanza desde que punteó para salvarse. Desesperadamente se volvió y desesperadamente descargó los dos caños de su pistola, que también arrojó a los pastos. Y se achicó sobre el pescuezo del oscuro, y se empeñó frenéticamente en darle alas a espuela y rebenque... cuando rodó. Como una pelota siguió sobre la tierra aplastando yuyos. El viejito alcanzó a pasarlo en el ímpetu del galope. Pero sofrenó, sentó al bayo que bufó bajo el tirón brutal, y en un salto estuvo en el suelo. Y llegó junto al otro que ya se había enderezado. Dejó caer la lanza y desenvainó un largo puñal. El que había rodado desorbitó los ojos, quedó como estaba, encogido; y trémulo y lívido de espanto pidió clemencia.

—¡No me mate, don, por sus hijos y los míos se lo pido!

El viejito, ceñudo, le habló:

—¿No tenés arma pa' defenderte?

Y súbitamente lo reconoció: era el de la pulpería.

—¡Ajá...! ¿No me conocés? Yo soy el viejito a quien destrataste en la Pulpería del Abra.

—Sí, señor —clamó el otro—. ¡Pero no me mate!

El del bayo lo observó un instante. Luego pasó como una sombra apacible por sus ojos grises.

—Yo carneo borregos sólo pa' comerlos. Vos no servís ni pa' carnada e'bagres.

Le dio la espalda, miró el campo y fue tras de su caballo...

*

Ocho o nueve meses después el viejito, un domingo de verano, viajando, iba a pasar de largo por la Pulpería del Abra. Pero un recuerdo lo hizo tornear la rienda. Se arrimó, se apeó, y cuando iba a llegar a la puerta sintió una voz conocida. Se detuvo. El mismo hombre del primer encuentro allí estaba en una de sus épicas narraciones, en medio de un círculo de papanatas absortos.

—Pero la del Abrojal jué la pechada más fiera que tuvimos. Allí sí que le saqué la pereza a la lanza. Nos redotaron, es verdá, pero en la retirada me las vi con más de cuatro. Me acuerdo que levanté a uno en la hoja y con él colgao corrí más de una cuadra. A otro que me descargó un trabuco y se me vino dispués remoliniando un corvo lo atravesé por el pescuezo. A otro, un moreno...

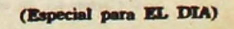
El viejito tosió fuerte, entró y se sentó; y pidió galleta, queso y vino "pa' dir entreteniendo las tripas, pues viá comer como de aquí a tres leguas", le dijo al pulpero. Y clavó sus ojos en los del héroe. Este tragó saliva, se acomodó el pecho y siguió:

—Pero lo de ese moreno no jué nada. Me topé con un hombre, tal vez, y sin tal vez, el más corajudo y guapo que he conocido en tuito el correr de mi vida, gaucho legal y rial, lancero sin emparde. Si el oscuro que montaba no rueda, me enjareta por el lomo y me saca el ánima por el pecho. Yo caí sin lanza y sin pistola. No me degolló porque no quiso. Es aquel hombre.

Y señaló al viejito. Y se levantó sombrero en la siniestra mano, fue al forastero, respetuosamente le tendió la diestra, y le dijo:

—¿Cómo le va, comandante Gadea? ¡Aura sí lo conozco! Mire, desculpe: pero quiero decirle algo que lo llevo embuchao hace mucho tiempo: ¡yo soy mucho más entroducido que usté!

José MONEGAL
Ilustración del autor


(Especial para EL DIA)



Un toro de Guisando.

LOS TOROS DE GUISANDO

SE sale de Madrid por la carretera de Extremadura y a unos pocos kilómetros se vira hacia la derecha y se toma la carretera que va a San Martín de Valdeiglesias, camino del Parador Nacional de Gredos. Por una ruta soleada, atravesando ríos con toros que beben apaciblemente el agua que no cesa, y pueblos pequeños y alegres, se almuerza sanamente en San Martín —al que precede un puertecillo no despreciable de peligros y una hermosa vista sobre un embalse del río Alberche—, que tiene buen pan y buen cordero, y se sigue hacia los Toros de Guisando. Cerca de San Martín, la carretera se abre en varias direcciones: Cebreros, hacia Avila, y, a la izquierda, Toros de Guisando. Entre árboles frondosos y entre peñascos imponentes, se avanza cerca del río cuyo frescor mueve a delicia el ánima hasta hallarse, tras de la cerca que los libra un tanto del acoso de viajeros estrepitosos y rudos, con una tapia que ostenta la lápida en que consta que allí, precisamente en los Toros de Guisando, fue jurada Princesa de Castilla la que luego sería nuestra Reina Isabel la Católica.

Los toros, cuatro enormes peñascos grises mermados por los siglos y la caricia de millares de manos que palparon sus lomos, están en una pradera seca, meditabundos, hincados en la tierra milenaria que los sustenta y parió de una pieza. Frente a ellos se alzan las ya ruinas medio salvadas de un monasterio. Todo es campo solitario y hermosísimo, impresionante, en torno de estas estatuas de feroz dramatismo ibérico. Todo es paz, y dulzura seca. Rebaños de corderitos recién nacidos, pastores que no levantan un metro del suelo, tan jóvenes son: quietud que empuja hacia el hallazgo del tiempo perdido; una como si dijéramos responsabilidad histórica no fácil de analizar...!

Sobre las piedras gigantescas se tienden miradas de asombro, porque se las sabe espectadores de acontecimientos que ya son polvo. Ahora, para no irse, el viajero moroso se pone a pensar en lo que pasó allí; y se pone a querer adivinar qué toros son aquellos, conocidos ya como viejos por romanos, y acatados por castellanos como testigos de acontecimientos forzosamente memorables.

Hay quien lleva sus viandas en el coche y dispone mesa rústica en la pradera fronteriza al cercado, pues el tiempo permite solaz y reposo a un amante de la naturaleza. Otros, saltan la cerca y se llegan a los toros, a palmotearles los corpachones seculares o milenarios, ¿quién sabe ya?, por si obtuvieran un eco de bramido. Que no es difícil, ya que toros de carne y piel reluciente pastan por los alrededores y quién sabe si fueron algunos antepasados suyos los que un encanto dejó estáticos para pasmo de los tiempos futuros.

Buena excursión al Tiempo ésta de los Toros de Guisando. Buen viaje para los que gustan de la piedra, y también para los que quisieran siempre debajo de las palmas de sus manos una carne tensa y áspera.

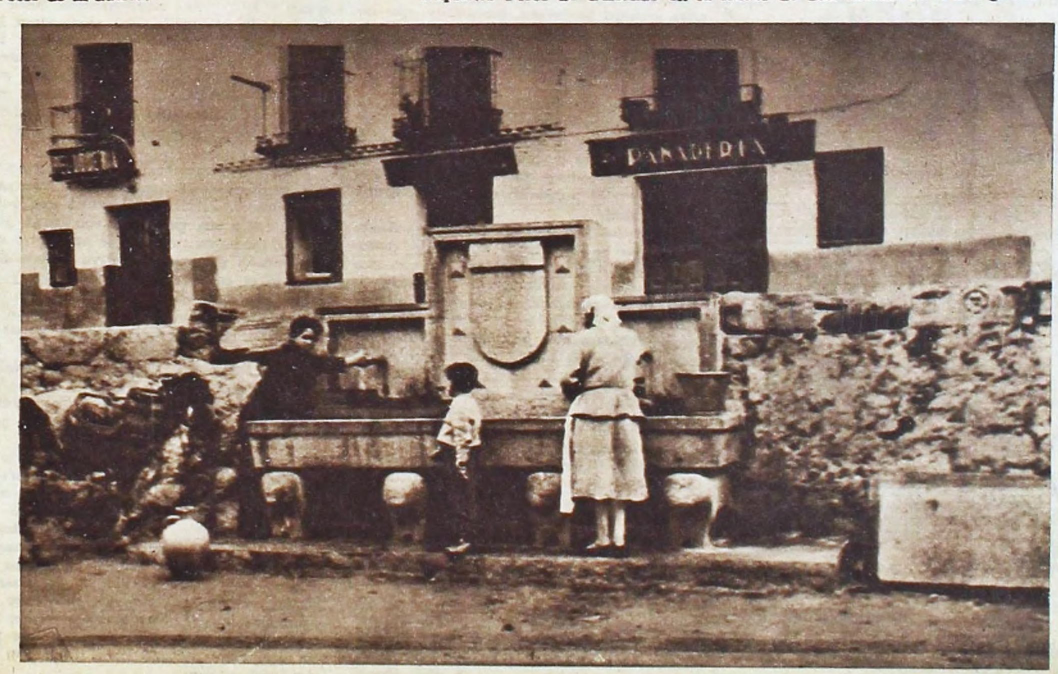
Porque tensos y ásperos, aunque hermosos, son los Toros de Guisando.

Carmen CONDE.

(Especial para EL DIA.)
Fotos de la autora.



Pequeños Toros de Guisando en la fuente de San Martín de Valdeiglesias.



Una lápida advierte que aquí fue jurada Princesa de Castilla la que luego sería Reina Isabel la Católica.

EL BISTURI ATOMICO

NADA de lo que existe en el Universo no es ajeno. Del átomo a la estrella todo incide y se proyecta sobre la síntesis de materia y energía que produce el milagro de la vida.

Y cuando nos referimos a radiaciones y el peligro que ellas entrañan para la salud, muchas veces no reparamos que estamos constantemente expuestos a las radiaciones cósmicas y también a aquellas que dimanan del potasio 42 y el carbón 14 que ingerimos en pequeñas proporciones.

Desde que el hombre inicia su existencia sobre el planeta, sus huesos acumulan una cantidad reducida, pero suficiente como para ser detectada, de uranio, radium y thorio que en el adulto es equivalente a 9 milésimos de microgramos de radium.

Esto dicho para ilustrar que las radiaciones dentro de ciertos límites no afectan la salud y son asimiladas por nuestro organismo. Expondremos ahora las ventajas que los descubrimientos modernos aportan al arte de curar.

La medicina es una anciana económica y utilitarista, a todo cuanto se pone a su alcance quiere encontrarle ventaja y provecho, no hay para ella cosas inútiles o peligrosas, en sus hábiles manos todo se transforma, para que el ropaje corpóreo resista y su duración se prolongue algunos años más.

Así extrae de la tierra, la estreptomicina; de la serpiente, su ponzoña para tratar la hemofilia y los dolores del cáncer; de las abejas, el veneno eficaz contra el reumatismo; de las raíces de rauwolfia, el remedio para la hipertensión arterial y ciertas enfermedades de la mente; del moho la penicilina. Deposita sus ahorros en Bancos de sangre, córneas, huesos, piel, etc., para sus remiendos.

Ahora, entre su faz rugosa centellean con deleite sus ojos verdes como la esperanza, acaba de posarlos sobre otra de las conquistas del hombre para la destrucción, la Energía Atómica.

Cuando Geiger descubrió el instrumento que habría luego de servir a los buscadores de uranio, como perro perdiguero, para husmear la pista del rico metal, señalando a través de la corteza terráquea dónde había emisiones radioactivas, no se imaginó que el mismo principio habría de servir a los investigadores en medicina para usarlo como un nuevo método de "localización" de los tumores cerebrales que por distintas causas arrojaran dudas con los métodos usuales, o bien para acoplar su certificación a los hallazgos ya efectuados. Hay ciertas circunstancias en las cuales este método sería interesante y es en aquellas en que por razones orgánicas existe riesgo en hacer ventriculografías o arteriografías.

Posteriormente se puso en uso para el mismo fin un aparato más sensible: el contador de centelleo ("scintillation counter").

¿Cómo obra el material radioactivo, y por qué ayuda a localizar el tumor con el instrumento de detección?

Basados en las características de la barrera cerebro sanguínea, mecanismo que no permite el acceso de ciertas substancias a las estructuras cerebrales, pero sí a los sectores en que ella está dañada por la presencia perturbadora de algún agente patológico, un traumatismo, tumor, etc., se han usado substancias radioactivas para infiltrar con ellas el tumor que no tiene la protección de la barrera.

¿Cómo se utilizan las substancias radioactivas con el propósito de establecer una localización?

A ciertos preparados como la diiodo fluerescina se les marca con yodo radioactivo y esto puede ser inyectado con una jeringa aislada convenientemente para evitar que las radiaciones alcancen al operador, o bien por vía bucal, también en envases debidamente protegidos. Una vez que la substancia radioactiva circula por la sangre, puede su paso ser detectado, con uno de los instrumentos mencionados. Por ejemplo, si se inyecta en poca cantidad y se pone un detector en una mano, cada vez que la sangre acarrea las partículas radioactivas al circular por ella, será advertido por el aparato de registro.

Esta substancia debe reunir las siguientes particularidades: ser lo suficientemente activa como para emitir radiaciones significativas a través de una capa de 10 centímetros de cerebro y trasponer la valla del cráneo, la piel y las meninges; ser de fácil eliminación teniendo más de una vía de excreción para evitar que por cualquier perturbación del organismo del paciente quede acantonada en el cuerpo más de lo conveniente; además no ser de fácil absorción por ningún órgano de la economía que pueda ser así dañado.

La substancia anteriormente mencionada llena todos estos requisitos, y se ha ensayado con éxito para establecer la situación precisa de un tumor, etapa previa a su extirpación.

Antes de ser empleada esta técnica en pacientes se hicieron numerosas experiencias en cerebros llamados "fantasmas".

Para ello se llenó un cráneo con una substancia gelatinosa que tenía frente al detector las mismas características eléctricas que el cerebro humano, dentro de la cual se hacía una excavación en la que se colocaba un "tumor" apócrifo preparado con la misma gelatina; pero con una concentración radioactiva similar a la que se encuentra en el tejido enfermo cuando se inyecta al paciente.

De esta manera y cambiando de tamaño y lugar el falso tumor se establecieron las bases necesarias que habrían de ser de gran utilidad para justipreciar los hallazgos reales en el ser humano.

Como ya lo hemos expresado anteriormente, todo este sistema de exploración que se realiza en la intimidad del organismo y se registra exteriormente, tiene en su base la utilización del mecanismo llamado barrera cerebro sanguínea que impide que la substancia radioactiva tenga acceso en el cerebro, sino a aquellas porciones en las cuales él está dañado; de esta manera y por medio de las radiaciones emitidas, es posible saber dónde se encuentra el tumor.

Entre otras substancias con el mismo fin que venimos comentando, se ha ensayado con éxito el arsénico radioactivo que emite positrones o sea partículas con carga positiva. Cuando un positrón se encuentra con un electrón de carga negativa ambos chocan con el encono de los Montescos y los Capuletos tratando de aniquilarse el uno al otro y la energía de este choque se transforma en dos emisiones de rayos X que viajan en direcciones opuestas y son captados por dos detectores estratégicamente colocados a los costados de la cabeza del enfermo. Se obtiene por medio de esta información la localización, profundidad y tamaño exactos del tumor.

Ultimamente los suecos han sacudido la opinión pública con sus brillantes intervenciones a cráneo cerrado, dirigiendo como un proyectil invisible y teledirigido un bombardeo atómico sobre una determinada porción del cerebro afectada por un tumor. Esta cirugía atómica donde participan fisiólogos, neurólogos y expertos en energía nuclear, está ya en ensayo desde hace algunos años cuando Lee E. Farr de los Estados Unidos anunció en Ginebra que poseía un nuevo método para tratar los tumores del cerebro.

El método consistía en administrarle al paciente una inyección de boro. Esta substancia, como las anteriormente mencionadas, se infiltra en el tumor por falla de la barrera cerebro sanguínea; así que en tanto todo el cerebro se encuentra sin boro, éste está cómodamente alojado dentro del tumor. El escenario está listo, entre la multitud de células nerviosas que pueblan nuestro cerebro el boro ha señalado el lugar donde se encuentran las enfermas. Estamos en la situación de aniquilar un grupo de malhechores que se hubieran infiltrado dentro de una multitud sin afectar a ésta. Los médicos y especialistas emplazan sus ametralladoras, y una andanada de neutrones es disparada contra el cerebro; pero así como en la descripción bíblica de una de las diez plagas de Egipto, sólo por las casas marcadas previamente pasó el Angel Exterminador, del mismo modo sólo aquellas células cargadas de boro emitieron al recibir la descarga de los neutrones una cantidad terapéutica de radiación alfa que aniquiló todas las células enfermas.

Esta es, en extracto, la historia de la energía que aniquilando salva la vida y es la esperanza de la humanidad en mejores destinos para el hombre.

Prof. Dr. Víctor SORIANO
(Especial para EL DIA)



Cráneo lleno de gelatina que por sus condiciones físicas simula el cerebro. El "tumor" está hecho de la misma sustancia; pero con una elevada concentración de elementos radioactivos. Cambiando la posición de este "tumor" apócrifo se han hecho estudios que fueron muy útiles para la neurología.



La primera explosión atómica señaló el comienzo de nuestra era. ¿Servirá su energía para salvar o aniquilar al hombre?






EL HOMBRE-MONO SE APROXIMÓ A LA APARENTEMENTE PACÍFICA VILLA DE MADORA, SIN CONOCER NI LA CRISIS EXISTENTE, NI QUE ACECHABA... EL PELIGRO.
Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS


PORQUE ESPERANDO EMBOSCADA, HABÍA UNA BANDA DE DESESPERADOS NATIVOS!


Y MIENTRAS AVANZABA HACIA LA COMUNIDAD PESCADORA, FUÉ APRESADO POR LOS NATIVOS.




FUÉ DESARMADO RÁPIDAMENTE, ATADO Y CONDUCIDO AL CENTRO DE LA VILLA.


DONDE EL BRUJO DE LA TRIBU ESTABA BAILANDO SU FRENÉTICA DANZA.


"LOS ESPÍRITUS HAN HABLADO!" GRITÓ DRAMÁTICAMENTE. "DICEN QUE EL HOMBRE BLANCO DEBE SER SACRIFICADO A TA-HU."


"QUE ES ESO?" "QUIEN ES TA-HU?" PREGUNTÓ TARZAN CON DESCREIMENTO. "UNA MALDICIÓN" DIJO EL JEFE, "POR LA QUE MI GENTE ESTÁ MURIENDO..."
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO


"PERO QUE ES TA-HU?" REPITIÓ EL HOMBRE MONO. EL JEFE CONTESTÓ OMINOSAMENTE, "UD. LO SABRÁ PRONTO... A LA HORA DEL SACRIFICIO."